



Hace seis meses, ayer apenas, nos preguntábamos todavía: "¿Qué va hacer Camus?" Circunstan- cialmente, desgarrado por contradicciones que es menester, había elegido el silencio. Pero era una de esas raras personas a quienes se puede esperar, puesto que eligen despacio y se mantienen fieles a su elección. Ya hablaría, llegado el momento. Ni siquiera nos habríamos atrevido a conjeturar lo que diría entonces. Simplemente, pensábamos que debía de estar cambiando con el mundo, como todos nosotros, esto bastaba para que su presencia siguiera viva.

Nos habíamos distanciado, él y yo. Un distanciamiento no significa gran cosa, aunque haya de ser definitivo; a lo sumo, una manera diferente de convivir, sin perderse de vista, en un mundo tan pequeño y angosto como el que nos ha cabido en suerte. Eso no me impedía pensar en él, sentir su mirada fija sobre la página del libro o del diario que él leía y preguntarme: "¿Qué dirá de esto? ¿Qué dirá de esto, ahora?" Su silencio según las circuns- tancias y mi propio humor juzgaba yo unas veces demasiado prudente, y otras, doloroso, era una característica de cada día, como el calor o la luz, aunque humana. Se vivía de acuerdo o en contra de su pensamiento, tal como nos lo revelan sus libros —sobre todo "La caída", acaso el más hermoso y el menos comprendido—, pero siempre a través de su pensamiento. Era ésta una aventura singular de nuestra cultura, un movimiento cuyas fases y cuyo término intentábamos adivinar. Camus encarnaba en este siglo, y contra la historia, al here- dero actual del antiguo linaje de moralistas cuyas obras constituyen quizá, lo más original de las le- tras francesas. Su humanismo obstinado, estrecho y puro, austero y sensual, sostenía una lucha incierta contra los acontecimientos densos y deforme- mos de la época.

Por otra parte, la terquedad misma de sus rechazos reafirmaba, en el corazón de nuestro tiempo, la existencia del hecho moral, contra los maquiavé-

Jean Pa



CAMUS, LA AFIRMA

cos, contra el becerro de oro del realismo.

Camus era, por así decirlo, esa afirmación inque- brantable. A poco que se leyera y reflexionara, se daba con los valores humanos que llevaba apretados en el puño: enjuiciaba el acto político. Había que convertirlo o combatirlo; en una palabra, era indis- pensable para esa tensión que constituye la vida del espíritu. Hasta su silencio de los últimos años tenía un aspecto positivo. Cartesiano del absurdo, se ne- gaba a abandonar el suelo firme de la reflexión moral, para aventurarse por los caminos inciertos de la práctica. Lo adivinábamos, y adivinábamos también los conflictos íntimos que callaba; porque la moral, considerada en sí misma, exige a la vez rebeldía y re- pudio. Esperábamos; había que esperar, había que saber. Hiciera lo que hiciese en lo sucesivo, y deci- diera lo que decidiese, ya no podía dejar de ser una de las fuerzas principales de nuestro ámbito cultu- ral, ni de representar a su modo la historia de Fran- cia y de este siglo.

Sartre:



Albert Camus

INQUEBRANTABLE

Pero quizá habríamos conocido y comprendido su itinerario. Lo había hecho todo —una obra cabal— y, como siempre ocurre, todo quedaba por hacer. El mismo lo decía: “Tengo mi obra por delante.” Ahora, se acabó. El escándalo singular de esta muerte es la abolición del orden humano por irrupción de lo inhumano.

También el orden humano es sólo un desorden; es injusto y precario, hay dentro de él quien mata y quién muere de hambre. Pero al menos ha sido fundado por los hombres, y son hombres quienes lo mantienen o combaten. De acuerdo con este orden, Camus tenía que vivir: ese hombre en marcha nos obligaba a interrogarnos; él mismo era un interrogante que buscaba respuesta. Vivía en la mitad de una larga vida; por nosotros, por él, por los hombres que imponen el orden y por quienes lo rechazan, era imperativo que saliera del silencio, que decidiera, que sacara conclusiones. Otros mueren viejos; otros, rezagados siempre, siempre, pueden mo-

rir en cualquier momento sin que el sentido de su vida —de la vida— resulte cambiado. Pero nosotros, desorientados y vacilantes, necesitamos que nuestros hombres mejores lleguen hasta la orilla del túnel. Pocas veces las características de una obra y las circunstancias del momento histórico han exigido tan a las claras que un escritor viva. Llamo escándalo al accidente que mató a Camus, porque hace aparecer, en el seno del mundo humano, lo absurdo de nuestras exigencias más profundas. A los veinte años, atacado de pronto por una enfermedad que trastornaba su vida, Camus descubrió el absurdo: negación estúpida del hombre. Se fue acostumbrando a él, pensó su condición insostenible, salió del paso. Podría creerse, no obstante, que sólo sus primeras obras dicen la verdad de su vida, ya que este enfermo que recobró la salud había de ser aplastado por una muerte imprevisible y venida de fuera. El absurdo sería, pues, esa pregunta que ya nadie le hace, y que él ya no hace a nadie; este silencio que ni siquiera es ya un silencio, que ya no es absolutamente nada.

Yo no lo creo así. Lo inhumano, en cuanto se manifiesta, deviene parte de lo humano. Toda vida que se detiene —aun la de un hombre tan joven— es a la vez un disco que se rompe y una vida completa. Todos los que lo amaron encuentran su muerte algo intolerablemente absurdo. Pero habrá que aprender a considerar esta obra mutilada como una obra total. En la medida que el humanismo de Camus contiene una actitud humana ante la muerte que había de sorprenderlo, en la medida en que su búsqueda orgullosa de la felicidad suponía y reclamaba la necesidad inhumana de morir, reconocemos en esta obra, y en la vida que no es separable de ella, el intento puro y victorioso de un hombre que luchó por rescatar cada instante de su existencia al dominio de su muerte futura.

France— Observateur, núm. 505,
7 de enero de 1960

Artículo publicado después de la muerte de Camus.